

MILPAS DE LA DESOLACIÓN

Samuel Máñez Champion

En la acuciosa descripción hecha por el dominico Diego Durán del calendario solar que había regido a los naturales de la Nueva España, resalta una aseveración que trasciende las palabras. Su lectura pone de manifiesto la sabiduría de los antiguos mexicanos, quienes consideraban a la música como una dádiva que había descendido desde la casa del Sol para acrecentar la vida. Empero, bajo el peso de los siglos y la acumulación de sinrazones, aquella sabiduría hubo de inmolearse para abrirle paso a esa modernidad equívoca que se nutre, cada vez más, de estruendos, disparates y cacofonías.

Acorde con lo escrito por fray Diego, en las solemnidades celebradas bajo el nombre de *Hueytozotli* o “gran vigilia” —correspondiente al cuarto mes del año indígena— los indios arrancaban brotes tiernos del maíz con voces de algarabía para depositarlos, como objetos sagrados, en sus templos. En éstos, elevaban cánticos al dios *Cinteotl* en agradecimiento por haberles renovado el milagro vegetal que sustentaba su existencia, amén de haber evitado las heladas que, en esa etapa de su crecimiento, habrían atentado contra la fragilidad de los tallos recién nacidos.



Un mes antes los labradores habían santificado los sembradíos con incienso de copal y habían ofrendado comida a los dioses de la lluvia, sin cuya fecundación no era posible el reiterado maridaje entre el cielo y la tierra. Concluido el ritual descrito por el fraile, lo único que faltaba era que la maduración de las mazorcas transcurriera con la placidez de su propio ritmo... y para eso, ¡nada mejor que mecerlas al viento con el arrullo melódico que emitían sus instrumentos musicales aerófonos! El texto de Durán es conclusivo: “*luego los indios tomaban flautillas y andaban por todas las sementeras tañendo a redondo de ellas.*”

La cita promueve la reflexión, ¿era la “idolatría” indígena consciente del poder que yacía en los tañidos de sus “flautillas” para el desarrollo de las formas de vida circundante?; ¿no había una base sólida, decantada a través de experiencias ancestrales, en los “embustes” y “supersticiones” que el evangelizador europeo enjuició como mera obra demoníaca?; ¿era concebible que aquellos seres, esclavizados y con el rostro marcado por hierros candentes, hubieran podido anticiparse a las demostraciones científicas que corroboran el influjo de la música sobre los seres vivos? Influjo que, benévolo o devastador, había sido pregonado por los filósofos de todas las culturas de la antigüedad y que, en nuestros días, es enarbolado con angustia por los musicoterapeutas.

Dejemos que la ciencia pronuncie sus hallazgos. Es importante comenzar con las manifestaciones de vida primigenia, pues en ellas se excluye *a priori* la subjetividad. Numerosas pruebas de laboratorio revelan que aún las bacterias son capaces de percibir vibraciones sonoras, pudiendo multiplicarse o perecer de acuerdo a la frecuencia tonal a la que sean expuestas. Veamos ahora qué sucede con las semillas:

Experimentos llevados a cabo en Canadá aportan el siguiente resultado: en un par de ambientes controlados con niveles idénticos de luz, temperatura y humedad, las semillas de trigo que están en contacto con *buena* música son susceptibles de crecer a una velocidad tres veces mayor que las que permanecen en silencio. (Se subraya el adjetivo porque la distinción que separa a una *mala* música de aquella compuesta con criterios artísticos es un elemento en el que la terca criatura humana, no obstante las alarmantes evidencias, no ha unificado consensos). En



el mismo sentido, el japonés Emoto ha demostrado que las moléculas de agua son sensibles a las palabras y la música, cristalizando en formas sorprendentes según los contenidos del mensaje que absorbe. Con *heavy metal* o violencia verbal la estructura geométrica de sus cristales se desintegra.¹ Aún así, la necedad que nos caracteriza pretende ignorar que estamos compuestos por un 70 % del líquido vital. Otro experimento realizado con geranios y música de Johann Sebastian Bach arroja conclusiones análogas. Los geranios predispuestos a la escucha bachiana crecen con vigor inusitado.² Una serie de estudios donde se puso en juego la calidad variable de música sobre diferentes tipos de plantas de invernadero fue hecha en la Unión Americana por Dorothy Rettalack. Sus resultados son iluminantes. Con una dosis diaria de tres horas de *acid rock* al volumen consuetudinario, los filodendros, petunias y magnolias mueren a las cuatro semanas. Una suerte similar les depara la música atonal y aleatoria en espacios de tiempo semejantes. La misma Dra. Rettalack inquiere: “¿habrá alguna conexión entre la conducta errática y disfuncional de la juventud con las deyecciones sonoras que ingiere? ¿Podría haber relación entre las disonancias que imperan en los espacios públicos y la neurosis colectiva?...” Recordemos simplemente que Confucio afirmaba que la música tiene la facultad de moldear el carácter y que Platón insistía en que el arte sonoro no debe de utilizarse para generar placer irracional, sino como un aliado celeste que ayuda a reducir a orden y armonía los desajustes que se producen en nuestro interior.

Pasemos revista a los animales: ahí están las vacas de la Universidad de Wisconsin que aumentan en un 8% su producción de leche cuando están acompañadas de buena música y las ratas francesas que prefieren morir de inanición antes que “deleitarse” con música dodecafónica y serial. No descartemos a los chimpancés de Malasia que golpean a sus compañeras después de zamparse sin tregua músicas con textos violentos o las gallinas alemanas que ponen más huevos con vals de Strauss.³ A este propósito, el compositor Karl Heinz Stockhausen declaró con verdadero cinismo: “a esas pobres gallinas les daría diarrea si escucharan mi música”. No está por demás recalcar nuestra filiación con los mamíferos y que para la

teoría darwiniana no somos más que simios evolucionados. ¿Y el efecto Mozart? ¿Y el mito de Orfeo? ¿Y las salas de maternidad suizas en donde a los bebés prematuros se les acorta el tiempo de estancia en las incubadoras gracias a Vivaldi? ¿Y la función de los cantos que entonan los pigmeos mientras circuncidan a sus niños? ¿Y los postulados de la musicoterapia? ¿Cuánto más habrá que proseguir con las argumentaciones en contra de las construcciones sonoras que envilecen el espíritu y degradan la inteligencia? Limitémonos a lo evidente: buena música es la que favorece la vida y mala música es aquella que la cohibe, la corrompe o la aniquila. La elección correcta se sitúa, forzosamente, por encima de discusiones estériles y condicionamientos educativos. No olvidemos que atrás de toda “música” que estupidiza se atrincheran intereses multimillonarios.

Que no desfallezca nuestro corazón, siempre nos queda el refugio de evadir las razones del desánimo reposando a la sombra de aquel ahuehuete donde afluyen las hermosas sonoridades de la sementera de maíz adyacente que es mecida por el viento. No importa que se hayan desvanecido los sonidos de las flautas de barro que tañían a redondo, con la contemplación del verdor nos basta. Hay un ligero problema: la milpa que tenemos enfrente está acordonada por soldados y no alcanzamos a divisar ninguna mazorca tierna. Un narcocorrido refulge en el aire para que las amapolas crezcan como diosas de la abundancia. Nos espentan que los antiguos labradores han emigrado al norte pero se nos reconforta diciéndonos que su trabajo era prescindible, ahora el maíz se manipula genéticamente... ☒

Samuel Máynez Champion (Ciudad de México). Violinista mexicano, profesor titular del Conservatorio Nacional de Música. Egresado de la Escuela de Música de la Universidad de Yale y del Conservatorio Giuseppe Verdi de Milán. Fue acreedor al premio del Instituto Italo-latinoamericano de Roma. Residió durante una larga temporada en Europa, en donde llevó a cabo una intensa actividad camerística y pedagógica, recibiendo lecciones de importantes maestros como Henryk Szeryng, Peter Rybar y Franco Gulli. Ha actuado como solista con las Orquestas Sinfónica Nacional de México y Finlandesa de Jyväskylä y en escenarios como La Scala de Milán, el Régio de Turín, el Lincoln Center de Nueva York, la Sala Nezahualcōyotl y el Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de México. En 1996 fundó el *Alauda Ensemble*, agrupación con la que ha realizado giras, grabaciones y estrenos, tanto de música mexicana como latinoamericana. Paralelamente a su actividad musical se dedica también a la creación literaria. Su obra de teatro *Antonio Lucio, la música de Dios* —sobre la vida de Vivaldi— se ha representado en varias ocasiones y su libreto para la cantata escénica *Un Ingenioso Hidalgo en América*, creado al alimón con el eminente compositor Luis Bacalov, se estrenó en el marco de las celebraciones del IV Centenario del Quijote.

¹ Se sugiere la lectura del libro *Los mensajes del agua* de Masaru Emoto.

² Se recomienda la audición de los conciertos de Brandenburgo, mismos que fueron utilizados en el experimento referido.

³ Será de interés para los avicultores mexicanos reproducir *El bello Danubio azul* en sus corrales.